

Discurso de graduación*

Federico Jiménez R.

*A Pala
Abril del 2022*

Es un fenómeno extraño en la lengua que una expresión popular habite, simultáneamente, con otra que aparenta ser su reemplazo. Las diferencias de estrato, de ideología, de género y de profesión, rara vez admiten que dos expresiones contrarias entren en el repertorio de nuestra lengua para quedarse.

«¿Qué quieres ser cuando seas grande?», se escucha, paralelamente, con otra expresión que aparenta ser más profunda: «¿y tú qué quieres ser cuando seas niño?»

La disparidad entre comunidades y grupos sociales (en los que se incluye a los profesionales, a los universitarios), nos aleja significativamente de la visión del mundo de una persona común; por supuesto, sabemos que en nuestro país la regla es no tener un título profesional. Por esto, el simple pero importante hecho que sucede hoy, que nos está sucediendo, encierra un peligro que nos es conocido. En tan marcadas diferencias no es de extrañar que sea olvidada la función social de la educación, el deber, que no solo derecho —y sueño con que no se nos olvide nunca—, del profesional para con su sociedad. Es por esto por lo que no hay mejor retribución posible que la de tener presente la larga jornada de estudio —mucho más que solo estudio realmente— que hoy termina.

Nostálgicos, alegres, felices; con un nuevo camino por delante, con nuevos retos, nuevas dificultades y decepciones; mantendremos en nosotros la enorme satisfacción de ser egresados de una institución pública como la Universidad de Antioquia. Conservaremos en nuestra memoria y corazón la labor de quienes fueron nuestros maestros, el calor de los compañeros, la conciencia de que somos capaces de lograr lo que nos hemos propuesto.

Decía que hay expresiones populares que se mantienen, misteriosamente, en el acervo de nuestra lengua, pese a las disparidades de las complejas redes de interacción social,

* Discurso preparado para los grados colectivos de la Facultad de Comunicaciones y Filología de la Universidad de Antioquia. No fue leído.

pese a las diferencias generacionales. Me pregunto cuándo habrá comenzado la preocupación por nuestro futuro, la realización de que queríamos ser profesionales.

En el gueto de Varsovia —nos cuenta Steiner— un niño escribe en su diario: «Tengo hambre, tengo frío; cuando sea mayor quiero ser alemán, y entonces ya no volveré a tener hambre, ni volveré a tener frío». Si hay un significado profundo en las expresiones populares con las que comencé este pequeño discurso, están en cada una de las letras de esta plegaria de un niño judío. Pero no soy yo el indicado para revelarlo. Estas cosas nos tocan a cada uno en los momentos de silencio.

«¿Qué somos ahora que somos “grandes”?» ¿Qué es lo que haremos por las nuevas generaciones, por la dignidad humana?

Pero en la cultura no solo las expresiones se repiten. Aunque a primera vista no lo parezca, también se repiten estados de ánimo y de intensa actividad política. Hace pocos años, si bien la mayoría de nosotros apenas éramos niños, la universidad vivía uno de estos momentos. El maestro Carlos Gaviria Díaz, el sueño de tener un profesor sabio en la presidencia, ponía en un solo corazón al *alma mater*. Aquel sueño no se cumplió. Sin embargo, deja presente la vitalidad de este momento; nuestro momento. Nuevos sueños, pues, son los que nos tocan.

Apenas comienza nuestra vida profesional —algunos como posgraduados— y desde ya se dibuja en el horizonte la necesidad de nuestra acción. Son pocos los meses que restan para tomar postura en uno de estos momentos de agitada vida nacional. Vivir la realidad social, aprender que no se es al mismo tiempo de la Universidad de Antioquia y apolítico; que somos nosotros quienes estamos llamados a tomar las decisiones, quienes transformaremos nuestro entorno; que estamos preparados para revelarnos ante la injusticia y ejercer de modo ejemplar nuestra profesión. Ambas cosas que, en el fondo, son la misma.

Todo esto muchos de ustedes lo saben bien. Nuestra facultad sí que es ejemplo de contrastes. Estoy rodeado de periodistas y comunicadores, y ustedes, compañeros, entienden y viven mejor que yo lo que he dicho. Dar voz a quienes no la tienen, a quienes no tuvieron la oportunidad; la tarea no puede ser más admirable y más ardua, y, por esto mismo, más acuciante.

Todas las vivencias por las que hemos pasado a lo largo de nuestra vida universitaria nos han demostrado que ser estudiantes —y ahora egresados— de la Universidad de Antioquia, no se parece a otras cosas. Y, por supuesto, no solo me refiero a lo que

aprendimos en las aulas o a lo que leímos en los libros. Hay un aire de *universitas* (de pequeño universo) que rodea a nuestra ciudadela. La amistad, el amor, la entrañable conversación; la magnífica sensación de ser jóvenes y de estar finalmente en el hogar que hemos escogido, de vivir, en un pequeño caos, el universo.

Son particulares las paradojas que nos han alimentado a lo largo de estos años. Mal que bien, las jornadas de protestas, los paros, salir corriendo de la universidad; pero también el aire festivo y el bullicio nos han formado como ciudadanos integrales. Bien puede ser que esta paradoja encierre el secreto de la complejidad humana. Aquí hemos aprendido a sensibilizarnos; aquí hemos estado por fuera de la burbuja que simplifica y da la espalda a la complejidad del hecho humano. ¿Qué somos ahora que somos “grandes”? ¿Cuál es nuestro papel en todo esto?

Habrán días de silencio y frío del corazón. Nos acompañará, pese a todo, la conciencia de que haber sido estudiantes de la Universidad de Antioquia significa ser ciudadanos capaces de cambiar la realidad de nuestro país. La convicción de que no volveremos atrás. De que ser indiferentes a la realidad es traicionarnos. De que la búsqueda por el conocimiento, el cuidado en el mensaje, el respeto por el medio, todo esto para lo que estamos tan bien preparados, es en sí mismo el aliento necesario, es la búsqueda por la dignidad del hombre.